

SUPLEMENTO FEMENINO

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 10 de Junio de 1925

El impuesto a los solteros

Tratándose de un Suplemento Femenino, no dudamos de que algunas consideraciones acerca de esta nueva forma de tributación han de interesar a nuestras lectoras.

Aplaudimos la idea del señor Calvo Sotelo, por el fin, y por que sabemos que el impuesto no ha de obligar a nadie a cambiar el rumbo de su vida. Quien tenga formado el criterio de no casarse, quien se halle decidido a no crear una familia, no hay impuestos capaces, en el mundo, que le hagan rectificar y seguirá impertérrito su ruta «solico en el mundo».

Así, pues, los padres de familia que tengan hijas casaderas, no han de hacerse ilusiones creyendo que el tributo puede ser un acicate para que los jóvenes se decidan a marchar más aprisa camino de la vicaría.

Las causas que influyen en que la juventud de la época presente se muestre refractaria a crearse un hogar, son muchas y muy complejas para ser tratadas en el corto espacio de un artículo, y hoy tampoco es el objeto de nuestro tema: solamente diremos que, si las jóvenes de la sociedad actual piensan y sintieran la vida como piensan y sienten las admirables mujeres Condesa de Castellá y Condesa de Belloch, serían muy otras las sendas por las que se deslizaría la vida social y la palabra «hogar» tendría la virtud de atraer a muchos de los que ahora al conjuro de esta palabra huyen despavoridos. La incógnita de este problema tiene su solución en la educación, basada en los sanos principios cristianos.

Y volvamos al impuesto. Juzgado en sí, lo consideramos un acierto, es lógico y de justicia que todos contribuyamos al sosten de las necesidades generales, y si nos libramos de otras clases de tributos, bien está que carguemos con éste.

Nuestro voto es de calidad, tiene el valor de ser emitido desde el campo de los que gozan de las ventajas y de los inconvenientes del estado de soltería.

A la hora en que escribimos estas líneas no sabemos su alcance, pero sea grande, sea pequeño, será una fuente de ingreso nada despreciable, y los organismos provinciales podrán atender mejor los capítulos de gastos de sus presupuestos, con lo que recauden por la expendición de patentes de soltero.

El impuesto, que está bien como medio de allegar recursos, sería una arbitrariedad si fuera una imposición con el intento de ser una medida coercitiva establecida con carácter general, pues no todos los célibes lo son por su voluntad, y en algunos casos, quienes tendrían que pagarlo serían las mujeres, ya que el hombre que, a pesar de intentarlo repetidas veces, no lograra casarse, creemos que no debería estar obligado a sufrir los rigores de un castigo que no ha merecido.

Y a este respecto, vamos a formular

unas preguntas que pondrán de relieve el aserto de nuestra teoría.

El hombre que enamorado de una mujer, no es correspondido y no puede querer a ninguna otra, ¿debe pagar?

El joven que cuenta los días que pasan por las calabazas que recibe, ¿es lógico que pague?

Un hombre más feo que Bergamín (los hay), que no encuentre quien le quiera, ¿es justo que tribute?

A pesar de ser bien recibida, por nuestra parte, la contribución del nuevo Estatuto Provincial, consideramos que si se impone como pena a los solteros todos, creemos que en algunos casos, el Gobierno debería intervenir para que fuera aplicado justamente.

Se dice «quien la hace que la pague», pero hay que reconocer que en este asunto, algunas veces, más de un desgraciado tendría que pagar la falta de «otra».

RENATO.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Junio 1925.

Trajes-sastre y adornos

La temperatura es todavía incierta en estos meses primaverales cantados por los poetas, y las semanas lluviosas suceden a los hermosos días soleados.

El traje sonado en este momento es el de hechura-sastre. Aún se hacen levitas, pero ligeramente transformadas, pues esta prenda, que ha sido muy imitada por las casas de ropas hechas, se ha echo muy vulgar.

Las levitas de última moda llevan pliegues, picados y «godets», que hacen la línea menos masculina y dan a la silueta una nueva gracia. Resulta más original la chaqueta cruzada, muy corta, con las mangas estrechas, a la que acompaña una pequeña falda. La chaqueta se lleva con un «chemisier» de crespón de China, que a su vez lleva un plisado.

En las colecciones de los modistos se ven numerosos trajes-sastres grises, pero las muje-



Vestido en Popelina siglo y los adornos blancos de China en verde.

res parece que prefieren el color «beige», que tiene la ventaja de vestir más y de armonizar con la tez. El «beige» es el color natural del «Kasha», cuyo empleo se ha generalizado de manera tan intensa.

Este color neutro permite todas las fantasías en las guarniciones; también se ven mucho las tiras oscuras y de rojo viejo.

Hemos tenido ocasión de ver en un te un elegante traje hechura-sastre «beige» claro, guarnecido con galones de otomán marrón.

Las parisienas no se contentan con llevar un lindo vestido; conceden también mucha, muchísima importancia a los accesorios de la «toilette».

Los guantes son de un lujo extraordinario y demuestran, de parte de los que los han creado, muchos ensayos y gran fantasía. El guante termina la «toilette», armoniza con ella y en general se tiene cuidado de que su guarnición haga juego con el color del vestido. La manga del guante es a menudo reversible, de piel «glacée» o seda, y en otros casos aparece recortada, y perforada siempre muy trabajada, y hay que convenir en que los fabricantes han desplegado mucha fantasía y gran ingenio. En general se llevan ante todo los guantes de gamo, «beig» y perforado.

Hay otros detalles que realzan el encanto de los vestidos, como son los «jabots», los cuellos y las mangas de lencería, que ponen una nota blanca en un vestido suave, y todo ello constituye una delicada coquetería que tiene gran éxito.

Se puede reemplazar el linón y el «piqué» por la tela de seda común en un vestido de «grande couture», cuyos adornos son de tela de seda, guarnecidos de picados.

Los bolsos ofrecen un vistoso campo a nuestra fantasía, y como podía suponerse, los bolsos de cuero o de «marrocaín» ya no hacen juego con los vestidos de verano. Los fabricantes han creado ahora bolsos de seda «batic» en tonos «beige», azul, púrpura, rojo; otros han lanzado modelos de seda de colores diversos, bordados con dibujos cubiños modernos; pero la última moda consiste en llevar el sombrero, los zapatos y el bolso del mismo color.

Con un vestido «beige» hemos visto un bolso de tejido «beige» guarnecido de un galón bordado de varios colores.

Otras de las fantasías actuales es el sello de cera suspendido de la «extremidad» de un lazo de «moaré», que se lleva en los bolsillos de las levitas. Dicha original idea se utiliza mucho en la actualidad.

He aquí un lindo modelo de bolso. Es de gamo negro, guarnecido con un sello de plata y cinta también de plata.

En lo sucesivo el zapatero será un artista, lo mismo que el modisto, ya que, como este último, crea continuamente modelos que son verdaderas maravillas.

Por la noche se lleva el escarpín «beige» bordado con un delgado hilo de «strass» el «lamé» sigue teniendo muchas partidarias, pero en general aparece mezclada con el raso.

El cuidado constante de la mujer elegante es de realizar una armonía, y para ello estudia minuciosamente los menores detalles de su «toilette», a fin de lograr un conjunto bonito y acertado.

Blusas. Zapatos. Nuevas fantasías

Las parisienas atribuyen una gran importancia a los pequeños detalles de su «toilette». Para una mujer elegante no es bastante poseer un vestido confeccionado por uno de los grandes modistos de la capital, es necesario que los zapatos o las botas, así como el bolsón o el saco de mano contribuyan a dar al conjunto una nota alegre y pintoresca. A las mujeres, en el dominio de la moda, les gusta mucho el cambio, tal vez para equilibrar su constancia en el terreno sentimental, y así se cansan muy pronto de un traje o de un adorno que poco antes las sedujo. Es necesario crear cada día nuevas fantasías para satisfacer nuestros caprichos.

Una de las más originales innovaciones de la estación son los zapatos de piel en oro o plata para acompañar el vestido de «soirées». El efecto, indudablemente, es algo chillón y se cita a este respecto la frase del conocido dibujante Sem cuando vió por la primera vez en el Hotel Ritz a una señora que bailaba con zapatitos de plata brillante: «Hé ahí, dijo Sem, a una señora con zapatos de hoja de lata.»

Durante el día, con la moda de las faldas cortas, el lujo se acentúa cada vez más en el calzado. Su confección constituye una verda-



Pequeño tres piezas de popelina gris, adornado con trencilla azul.

Es digno de notarse el éxito que obtienen actualmente los zapatos con una sola tira. La mujer elegante gusta mucho armonizar los zapatos con el traje. En las últimas reuniones deportivas se han podido observar algunos modelos en piel de gamo azul lavanda o color madera de rosa. La piel de cocodrilo es muy práctica para los sports y los paseos a pie y gusta mucho por su ligereza. Felizmente que su precio elevado ha impedido que se vulgarice.

En las calles se ve mucho ahora el zapato de cabritilla claro, adornado de una hebilla con puntas de acero muy original.

En otro orden de ideas, las señoras que se dedican al deporte, comienzan a preocuparse del peinado que se llevará para jugar al tenis. Este año se ha lanzado una especie de redocilla de seda muy práctica y original. Se encuentran confeccionadas en diferentes colores, pero muy especialmente en verde, rojo, azul y color rubio y van acompañadas de una visera para librarse del sol. De esta manera es posible dejar a los cabellos que tomen el aire sin que se des-arreglen. Por otra parte, la innovación de la visera es de lo más conveniente para que la luz no fatigue la vista.

El vestido «tailleur» que durante algún tiempo había pasado de moda, aunque no se lleva en las grandes ocasiones, es de lo más conveniente y correcto para ir al Bosque en las mañanas. Además el vestido «tailleur» permite darse el lujo de tener todo un lote de blusas diferentes que realzarán la sobriedad del traje. Así por ejemplo la blusa llamada «petit chemisier» en crepé de China con pequeñísimos pliegues, u otra blusa menos masculina en raso o en tul de seda blanco en forma de gran túnica en crepé Georgette bordada.

Acabamos de ver en casa de un gran modisto, una blusa en crepé Georgette verde atemendrada adornada con bandas del mismo crepé en verde más oscuro.

Para los días de mucho calor se llevan s-

lamente bajo la chaqueta un chaleco sin mangas, de color claro.

Por ejemplo, un lindo modelo de estos chalecos sería en «duvetine» crema bordado de dos círculos en cretona roja y oro.

De esta manera los vestidos «tailleur» presentan este año un cierto refinamiento gracias al lujo de las blusas que los acompañan, e indudablemente para las salidas de mañana no dejan de ser elegantes.



Toilette souple en verde almendra y Rasha blanca

HILANDO EL PENSAMIENTO

Lo más interesante de la conversación de una mujer es... lo que calla.

Hay a menudo más ideas en el extremo mordisqueado de un lápiz que en la punta que traza en el papel las elucubraciones de la impotencia.

Considerando la vida y ocupaciones de una mujer de mundo, Hércules que da disminuido a pesar de sus doce trabajos.

Las mujeres que amaron mucho a los hombres, en llegando a viejas se dan a Dios, o al diablo.

No valemos más de lo que nos hacemos valer nosotras mismas.

La vida es la guerra, el sueño el armisticio y solamente la muerte es la permanente paz.

FERNANDA

Economía doméstica

La perfecta cocinera

Una pizca de sal añadida a las claras de los huevos, los hace más fácil de batir.

—Si a los buñuelos se les añade un poquito de vinagre, se evitará que absorban el aceite o grasa en que se fríen.

—Si las patatas, antes de hervirse, se recortan y sumergen en agua fría, permanecerán blancas, después de cocidas.

—Nunca deben ponerse fresas en recipientes de hojalata.

—Para evitar que las gelatinas y azucarados se peguen a los moldes, envuélvanse éstos con un paño caliente.

—Un poco de agua hirviendo, añadida al batir los huevos para una tortilla, hace ésta mucho más bollosa.

—Un poquito de mantequilla añadida al azucarado para pastelitos, lo mejora grandemente.

—Enharinense siempre los moldes,

a fin de evitar que los pasteles se peguen.

—Si se quiere evitar que las pasas y y grosellas se vayan al fondo, enharinense éstas antes de ponerlas en el pastel.

—Téngase siempre una manzana en el guarda-pasteles. Esto los conserva frescos por mucho tiempo.

—Cuando por accidente se vierta grasa, aplíquese agua fría inmediatamente. La grasa al contacto con el agua fría, se amasa y se evita por consiguiente que se filtre en el suelo. Puede luego rasparse, fácilmente, con un cuchillo.

¡VOLARON...!

¿Te acuerdas amada mía, de aquella tarde de invierno, cuando en un lecho de flores y a los pies de un limonero, hallamos un pajarillo, mal herido, sin aliento, con los ojos entornados y con el pico entreabierto? Le recogí con cariño, le di calor en mi pecho y al cabo volvió a la vida el pájaro casi muerto.

Dentro de jaula adorada, alegró, con sus arpegios, de mi vida de infortunio los más amargos momentos. Pero una alegre mañana se vió libre el prisionero, dió al aire su dulce canto, tendió hacia el bosque su vuelo y me abandonó el ingrato para no volver a verlo.

II

Como aquel pájaro herido, olvidando tus promesas, faltando a tus juramentos, Al borde de un precipicio mis brazos te recogieron, te di el calor de mi alma, te di el corazón entero y alegraron tus caricias mis horas de sufrimiento. Pero agitando tus alas y soñando en otro cielo, dejás el hogar vacío, dejás el nido desierto.

III

Acaso mi pajarillo otra vez torne a su encierro, viendo su jaula dorada entre flores de mi huerto. Pero el corazón me dice que no cesará tu vuelo, que no volverás ingrata, al nido de nuestros sueños, en donde lloro tu ausencia y tus promesas reuerde.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

LECCIONES DE COSAS

Las manchas de fruta en la ropa blanca se quitan casi todas cubriéndolas enseguida con almidón pulverizado.

El almidón debe dejarse sobre la mancha durante varias horas, a fin de que pueda absorber toda la materia colorante.

Para pulimentar el aluminio.—Se compone una pasta de seis partes de blanco de España, una de tierra de bafán y una de ácido estérico.

Un desinfectante barato.—Cuando se lavan o fríegan utensilios o vasijas empleadas en la habitación de un enfermo, es muy conveniente añadir a cada

cubo de agua caliente una cucharada pequeña de trementina. Esta substancia constituye un desinfectante tan enérgico como económico, y basta para hacer desaparecer todo los malos olores.

Las cortinas de muselina u otras telas ligeras, que se usan en los dormitorios, deben lavarse con agua de alumbre. Este es el único medio de que no pierdan el color, y además, se le convierte por este medio en incombustible. La proporción de alumbre ha de ser de unos 60 gramos, disueltos en 4 litros de agua.

Cuando se saca brillo a los muebles, es muy conveniente añadir unas gotas de vinagre a la pasta que se usa.

Este medio tan sencillo basta para evitar el aspecto grasiento que suele ofrecer la madera después de darle el brillo.

Para quitar de una falda las salpicaduras de barro, debe esperarse a que estén bien secas. Si por mucho que se cepille queda mancha, pruébese a quitarlas con una esponjita empapada en alcohol puro. Este procedimiento da, sobre todo, muy buenos resultados con el paño, sea claro u obscuro.

Limpieza de los objetos de cobre.—Las vasijas de cobre y en general todos los objetos del mismo metal, se limpian muy bien frotándolos con hojas de acedera verdes y enjuagándolos después con agua clara. La operación se termina frotando enérgicamente con un trapo bien seco.

La humedad de las paredes se hace desaparecer a poca costa, extendiendo con una escoba sobre las mismas una capa de la siguiente preparación: 10 partes de arcilla, 10 partes de polvo de porcelana, una parte de arena fina de cuarzo y una parte de litargo, mezcladas con una cantidad de aceite de linaza hasta que forme el todo una pasta semifluida. Este barniz, lo mismo se puede aplicar sobre piedra que sobre cal.

Para limpiar la madera y el mármol.—Póngase en una botella 80 gramos de jugo de limón, 400 de aceite de linaza, 64 de fécula de patata y agítense antes de usarlo.

Se emplea la mezcla extendiéndola con un trapo de lana, sobre el objeto que se quiera limpiar; se frota después y por último se seca con un trapo limpio.

Árboles caídos

Se moría. Hacía una semana que el abuelo se moría. Se acababa lentamente, como una candela, consumido, blanco, después de larga parálisis, a la sombra del viejo solar. Aquel morir sereno, inacabable, le había dejado transparente como un alabastro. Sus manos, tendidas sobre el cobertor, se crispaban poco a poco, día tras día, como hojas de árbol, cuando se secan. En la almohada, vestida aún con la funda lujosa puesta para la ceremonia del Viático, la testa enjuta del viejo campesino se hundía definitivamente. Clavados en los vidrios de la ventana, los ojos empañábanse en seguir contemplando el bosque distante que había sido para ellos el horizonte de toda la vida.

No le faltaba al viejo más que morirse. Había vivido muchos años. Había tenido sus alegrías, sus penas, sus amo-

res, sus odios. Le habían administrado ya el Viático y la Extremaunción. Le habían encomendado a Dios y a la Virgen; se había despedido de su mujer y de su nieto, su único nieto llegado precipitadamente de la ciudad.

Tres días hacía que el nieto estaba allí impaciente. En la capital, su viaje repentino había dejado en suspenso negocios y tráficos, Esperaba los huesos del abuelo para marcharse. ¡Mañana de viejos! Al transmitirle en vida sus bienes, los abuelos habían exigido de él, como condición primera, ser enterrados en la ciudad, en la misma fosa de una hija suya muerta hacía años. Era necesario cumplir esa condición, ¡y el abuelo no acababa!

El primer día, menos mal. El nieto había encontrado la casa llena de labradores, de amigos del moribundo. Con ellos habló de negocios; se distrajo mientras que allá, en la habitación del viejo, dos o tres vecinas, viejas también, lagrimeaban junto a la abuela muda y llorosa.

Pero cuando los vecinos llegaron a comprender que el abuelo tardaba en morir más de lo que se acostumbra en casos semejantes, la casa quedó vacía. Ahora se limitaban a preguntar al paso, desde la puerta: «¿Qué hay?» Y continuaban su camino. En la soledad de la casa, medio a oscuras, el nieto iba y venía fumando y paseándose horas y horas. Un hilo del sol, colado a través de una rendija del postigo, le iluminaba los zapatos a cada vuelta. En el jardín, bajo los castaños, el agua de la fuente, monótona y perezosa, rimaba los quejidos leves del moribundo.

Un amanecer el hipó del viejo cesó de pronto. La abuela, amodorrada, despertó súbitamente con el sobresalto con que despiertan los viejos al sentir que se interrumpe en la quietud de la casa y en el silencio de la noche el tic-tac del reloj que es para ellos voz de la vida. El abuelo había muerto. ¡Todo concluido al fin!

En tanto que llegaba la hora de ponerse en marcha la comitiva hacia la ciudad, el nieto rumiaba un propósito clavado entre ceja y ceja. Llevó a la abuela a un rincón de cocina y allí le dijo:

—Mire abuela, usted tiene que venir conmigo a vivir en mi casa. Así, viviendo juntos, gastaremos menos. Donde comen tres comen cuatro. Podríamos arrendar la casa, la viña. Vaciló un instante, y añadió decidido, brutalmente: Además, usted está delicada. Lo que le ha ocurrido al abuelo puede ocurrirle cuando menos se piense. Yo no puedo abandonar el almácen.

La abuela había cerrado los ojos. Una lágrima oscilaba transparente en su barbilla. El nieto concluyó en voz lo más cariñoso posible.

—Y los transportes, como el de hoy, cuestan un ojo de la cara. Vamos abuela, decídase. De todos modos tiene usted que ir allá, algún día.

La carretera ondulaba a lo largo de las lomas, barridas por el viento, del mar lejano y azul. Delante, marchaba el carrromato que conducía la caja del muerto. Detrás, en una tartana, seguían el nieto y la abuela. El sol caía a plomo sobre el camino. El viento agitaba las cortinas del coche. La abuela permanecía muda. Lentamente las lágrimas asomaban a sus párpados y rodaban silenciosas por el rostro abajo. No lloraba por el muerto, no lloraba por la casa y la viña que dejaba atrás para siempre. Lloraba por ella. Creía asistir a su propio entierro.

M. SARMIENTO

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón